





DE F. ZECCA Y L. NONGUET (FRANCIA)



«EL EVANGELIO SEGÚN MATEO» (1964), DE P. P. PASOLINI (ITALIA)



«THÉRÈSE» (1986), DE ALAIN CAVALIER (FRANCIA)



«ORDET (LA PALABRA)» (1955), DE C. T. DREYER (DINAMARCA)

pero más de tres décadas después el Vaticano lo «canonizaba» en su lista mediante la inclusión de «Nazarín» (1959). Sorprendente (desde la óptica del ala dura vaticana) sería la inclusión de «El evangelio según San Mateo», de Pasolini, el siempre polémico cineasta homosexual muy vituperado en su época por filmes tan radicales como «Saló». El caso de Liliana Cavani, incluida por «Francesco», también es curioso. Aunque siempre había gozado de un gran peso en el Vaticano, su bizarra «El portero de noche» escandalizó a sus más férreos defensores de la Curia.

Junto con la lista de «valores religiosos», se publicaron las de «valores morales y humanos» y «valores artísticos». En esta última, destaca la inclusión de cintas de género como «2001. Una odisea del espacio» (Kubrick), «Nosferatu» (Murnau) y «Metrópolis» (Fritz Lang). Además, otro viejo conocido del Vaticano, Federico Fellini, que levantó una polvareda en la Iglesia por el estreno de «La dulce

### Los secretos de la Filmoteca vaticana

Todo lo que proviene del Vaticano concita intriga entre el gran público. Un buen caudal de libros y películas se han confeccionado en torno a los misterios de este mini-estado y lugares tan célebres como la Biblioteca vaticana. Pues bien, menos conocida aún pero ciertamente real es la existencia de una filmoteca en la Santa Sede. En el año 95, era el español Enrique Planas el encargado de esta institución. Él fue uno de los valedores de Román Gubern en el Vaticano, pero ni aún así pudo el crítico y estudioso catalán despejar la leyenda sobre un archivo secreto de cine de la URSS: «Se aseguraba que a sus depósitos había ido a parar la filmografía de propaganda antirreligiosa y atea puesta en marcha por el leninismo en los orígenes de la ahora existinta Unión Soviética. Dejo constancia de que nunca la vi». La Filmoteca vaticana se creó en 1959 y, según el testimonio de Gubern, amén de un gran fondo, contaba con «una sala de proyección con capacidad para cincuenta butacas y dotada de un equipo técnico de primerísima calidad».

vita», aparece glosado gracias a «Fellini 8 ½» y «La strada».

El objetivo de declarar un santo patrono del cine, sin embargo, no se logró. Gracias a una metedura de pata del propio Gubern, la que propició que presentara su dimisión, rechazada luego, las deliberaciones se filtraron a la Prensa española. «Esta información fue reproducida, según sabría más tarde, por la Prensa francesa y británica y dio pie a propuestas divertidas de algunos medios, como las de nombrar a san Buñuel o san Pasolini», rememora.

Lo cierto es que la cosa andaba entre San Francisco de Asís, San Juan Bosco y San Maximiliano Kolbe. Un artículo de «Il Corriere della Sera», en cambio, propuso aquellos días a la recién fallecida Moana Pozzi, estrella del cine pornográfico italiano. Esta espiral extravagante hizo que el Vaticano decidiera aparcar la idea de señalar un santo patrón y que la iniciativa surgiera desde la propia profesión. Hoy en día,

San Juan Bosco es el patrón del séptimo arte.

Como recordábamos al principio, la hostilidad del Vaticano marca los primeros años de la invención del cinematógrafo. Para Pío X, señala Gubern, «las películas solían exhibir sugestivas escenas pasionales que excitaban a los espectadores, víctimas de impactos emocionales que se imponían a su razonamiento, desarmando su sentido crítico y sus defensas morales. Además, ese espectáculo visual congregaba en una sala oscura a hombres y mujeres mezclados y rozando sus cuerpos». Señala el autor que en 1921 se intentó segregar por sexos en España, pero la medida nunca tuvo éxito. Sea como sea, desde el origen, el cine se fijó en la Pasión de Cristo y en las escenas bíblicas. Algunas cintas del género lograron gran aceptación y reproducción, mientras que otras tuvieron que lidiar con la censura aunque en principio se basaran más o menos fielmente en las Escrituras.



«UN CINÉFILO EN EL VATICANO» Román Gubern, ANAGRAMA 144 páginas, 9,90 euros



DE LUIS BUÑUEL (MÉXICO)



«EL FESTÍN DE BABBETTE» (1987), DE GABRIEL AXEL (DINAMARCA)



«MONSIEUR VINCENT» (1947), DE MAURICE CLOCHE (FRANCIA)



«UN HOMBRE PARA LA ETERNIDAD» (1966), DE F. ZINNEBANN (EE UU)